



SIEMPRE
A
MEDIANOCHÉ

ZEBA SHAHNAZ

Traducción de Scheherezade Suria

SIEMPRE
A
MEDIANOCHE

A decorative flourish consisting of a central vertical line that curves into two loops, resembling a stylized infinity symbol or a calligraphic flourish, positioned below the word 'MEDIANOCHE'.

ZEBA SHAHNAZ

Título original: *Midnight Strikes*

1.ª edición: febrero de 2025

© Del texto: Zeba Shahnaz, 2025

Publicado por acuerdo con Random House Children's Books,
una filial de Penguin Random House LLC

© De la traducción: Scheherezade Surià, 2025

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz

Editora: Marta Álvarez

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Diseño de cubierta: Luke Lucas

Diseño del mapa: Priscilla Spencer

ISBN: 978-84-19831-06-4

Depósito legal: M-24356-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SIEMPRE A MEDIANOCHE

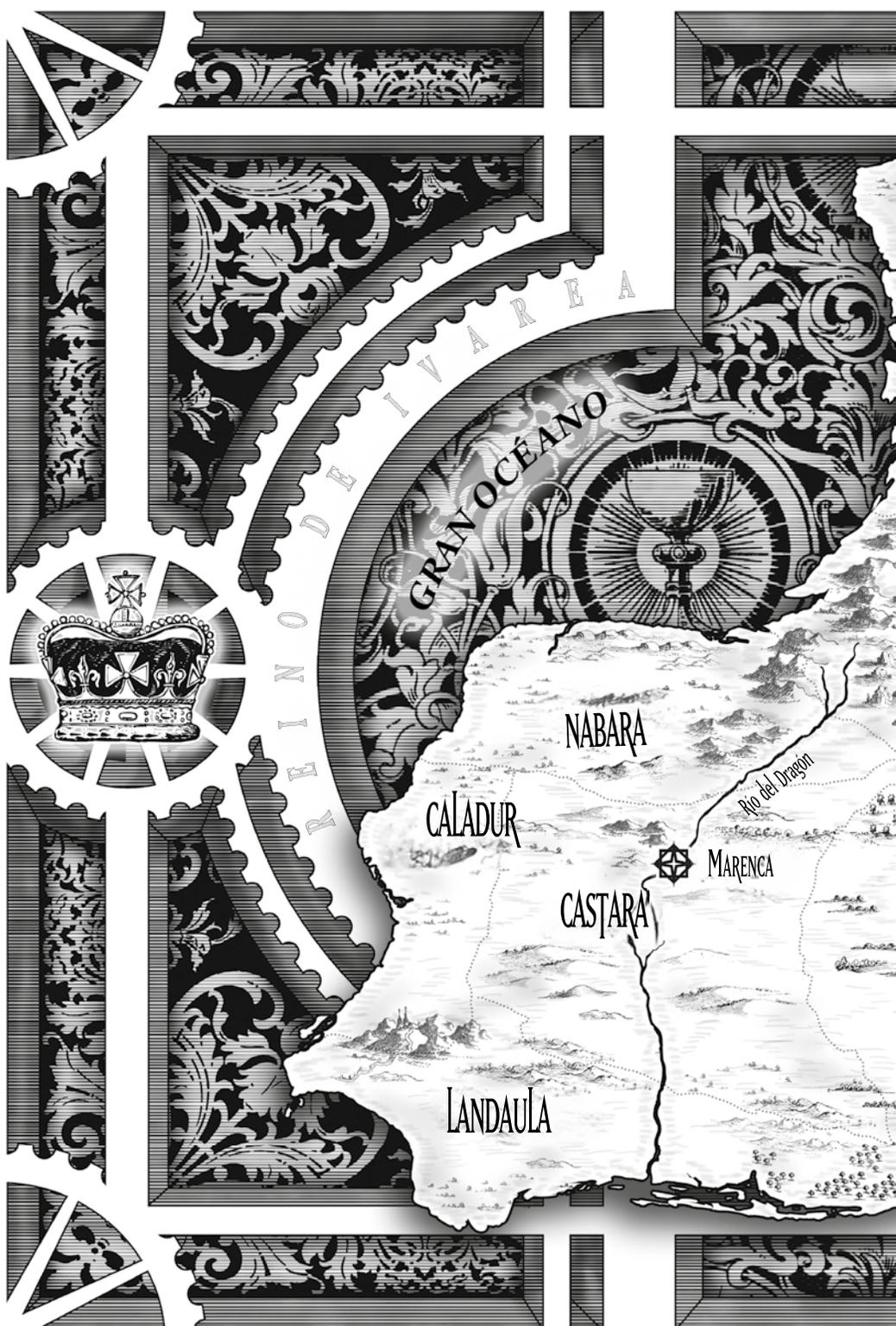


ZEBA SHAHNAZ

Traducción de Scheherezade Surià

FANDOM BOOKS

Para mamá y papá, por todo. Gracias.



REINO DE IVAREA

GRAN OCEANO

NABARA

CALADUR

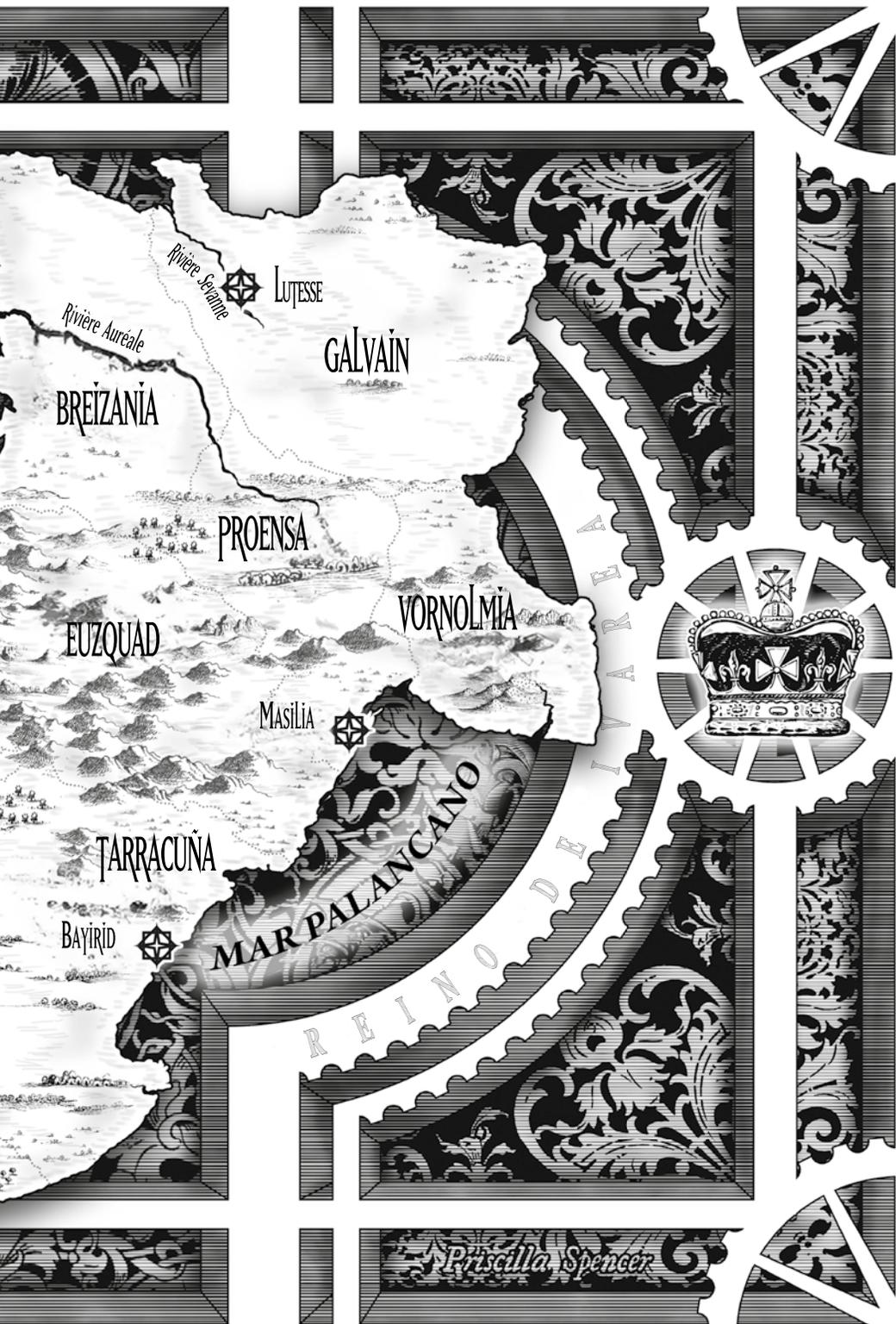
CASTARA

LANDAULA

MARENCA

Rio del Dragon





Rivière Septim



LUTESSE

Rivière Auréale

BREIZANIA

GALVAIN

PROENSA

EUZQUAD

VORNOLMIA

MASILIA

REINO DE IUVARAVIA



TARRACUÑA

BAYIRID



MAR PALANCANO

Priscilla Spencer



I

CAPÍTULO UNO

Una noche. Solo debes aguantar aquí una noche más. Por desgracia, para una proensana insignificante de la corte real de Ivarea, es más fácil decirlo que hacerlo.

Esta noche se celebra la guinda de la temporada social, la fiesta más importante de todas las que han vivido las provincias de Ivarea: se cumplen cuatro siglos del reinado de la dinastía Cardona. En el Baile de Aniversario, mi familia tendrá la oportunidad que lleva esperando desde que los ivarianos conquistaron nuestro pueblo, motivo por el que mis padres se vieron obligados a cruzar más de mil kilómetros por tierra y mar para llegar a la capital. Si hoy logran burlar las probabilidades y concertar mi matrimonio con una casa cortesana ilustre, nuestra familia se catapultaría a lo más alto de la élite ivariana. Alcanzaríamos un estatus de respeto y poder que nuestro pueblo, el proensano, no ha tenido desde la conquista de los Cardona. Sin duda, sería una recompensa de gran valor para mi futuro.

O eso me dicen.

Hace ocho semanas, cuando tuve que cruzar las grandes puertas del castillo en mi presentación en sociedad, pensé que, con el tiempo, se me irían haciendo más llevaderos los imperativos de esta temporada, extenuante desde siempre. Me reconfortaba pensar que, tras cada baile deslumbrante y superficial, tras cada refinada fiesta del té, todo sería menos horrible, porque indicarían que la

temporada iba llegando a su fin. Esperaba que cada uno de esos actos me acercara más a casa.

Pero no se me ha hecho más fácil. Nunca será fácil vivir en una corte real que mira con desprecio a los proensanos por el simple hecho de serlo, por muchos títulos, tierras o riquezas que tengamos. Y ahora que por fin he llegado al Baile de Aniversario, no estoy para nada segura de poder salir indemne.

Hoy me veo arrojada al centro neurálgico del gran salón de baile del Alcázar Real de Marenca, con el mismo porte que los cientos de aristócratas de todo el reino que también han asistido. Bajo las resplandecientes lámparas de araña que cuelgan de los techos pintados con esmero, están todas las damas y caballeros de la fiesta. Ellas, con sus voluminosos vestidos, observan a amantes y a enemigos escondidas tras sus abanicos. Ellos, con sus espadas ceremoniales que han heredado de generación en generación a través de linajes ancestrales, vociferan con sus compañeros amparados en su privilegio y esplendor. Todos anhelan desesperadamente llegar al amanecer con algo (o alguien) nuevo, aunque, la verdad, yo también. Por tanto, les sonrío como si estuviese medio ida, igual que ellos, y coqueteo hasta la extenuación. Cuando empieza el baile propiamente dicho, hasta bailo un minueto con el joven don Fernando Peláez, que representa todo lo que supuestamente quiero en mi futuro marido: tiene influencia, dinero y es un ivariano de pura cepa. Me sonrío cuando nos situamos en la pista de baile, y mi necio corazón lo interpreta como una buena señal.

Quizá este sea diferente; quizá sea quien por fin logre terminar con mi sufrimiento. Puede que, cuando me mire, no me encuentre ninguna tara.

—Estáis preciosa esta noche, señorita Anaïs.

Fernando me coge del brazo, y las faldas de raso de mi vestido comienzan a desplegarse. Mi madre lo diseñó a juego con mi medallón de ópalo rojo, y añadió pedrería dorada y granate en el corpiño y una falda de brocado color rojo sangre. A diferencia de lo que algunas aristócratas de la ciudad podrían suponer, no

me desagradan estas prendas recargadas. Sin embargo, jamás he odiado un conjunto más que este, no tanto por cómo es, sino por lo que simboliza para el futuro de mi familia. Y lo que ese futuro va a exigirme.

—Por todos los dioses —añade Fernando con una sonrisa deslumbrante, a juego con su chaleco de lentejuelas—, sois una bailarina sorprendentemente buena.

Parpadeo varias veces agitando las pestañas maquilladas mientras nos cruzamos como espadachines batiéndose en duelo.

—¿Por qué os sorprendéis tanto, don Fernando?

—Ah, pues no sé. Supongo que pensaba que a los proensanos no os importaba todo esto de los bailes de la capital.

Hago una pequeña mueca. Para la gente como Fernando, que viene de la provincia de Castara, corazón de la península ivariana, los proensanos no somos verdaderos ivarianos, ni siquiera dos siglos después de que su reinado nos absorbiera. La gente de la península nos ve como unos campesinos mínimamente domesticados. Para ellos, nuestra inclusión en la élite ivariana supone, en el mejor de los casos, una nimiedad divertida, y, en el peor, un insulto desconcertante a su cultura y a su pueblo.

—Entonces, ¿a qué creéis que nos dedicamos? —le pregunto un tanto desafiante—. ¿A retozar por nuestras granjas durante todo el día sin hacer nada?

Fernando se inclina sobre mí e ilumina de plata el aire que nos rodea.

—Bueno, iba a decir que estáis ocupados retozando con vuestro ganado, pero debo admitir que vuestra versión me gusta más.

Si no me hubiera estado sosteniendo, me habría tropezado y me habría caído. Toda la corte podría haberme pisoteado sin percatarse siquiera de la muchacha perdida entre los faldones de satén. Sin embargo, continuamos bailando, mirándonos cara a cara; yo incrédula, y él, con aire impasible.

—Os puedo asegurar, don Fernando, que mi gente no retoza con animales —le digo con una sonrisa rígida— como los cerdos.

Fernando espera que me salga del personaje y que le haga reír, pero le miro fijamente y no cedo. Se le borra la sonrisa. Sin esa pátina de calidez, su expresión se vuelve firme e imperiosamente inexpresiva.

Conozco esa mirada. La conozco mejor que las pecas de mi tez.
—Sois todos unos bárbaros.

Las cuatro torres del reloj del alcázar comienzan a dar las once desde los cuatro puntos cardinales. Ni siquiera su sonido consigue acallar mi pulso, que me retumba en la cabeza. Fernando aprovecha la oportunidad para soltarme y se funde entre la multitud como si el minueto nunca hubiera ocurrido. Como si ya no importara.

Porque, para él, así ha sido.

Desde que soy lo bastante mayor para entender la posición de mi familia, no aspiro a encontrar el amor verdadero, ni tan siquiera a vivir un gran romance; no aspiro a nada de lo que aparece en poemas y baladas, a nada de lo que las noches como esta supuestamente inspiran. En mis momentos más optimistas imagino que conozco a alguien que pueda entender la presión a la que estoy sometida y con quien compartir esa carga. Alguien que me haga olvidar cuánto echo de menos Masilia, mi ciudad natal en la costa norte de Proensa, que tuve que dejar atrás para vivir en la península.

Sin embargo, tras el inicio de la temporada, lo único que me infundía ánimo era la esperanza mínima, descabellada e ingenua de conocer a alguien que me considerara digna de respeto. Pero cada noche, los aristócratas y cortesanos a los que me empujan mis padres me arrebatan esa esperanza del corazón. Creía que después de ocho semanas llenas de fracasos, otro más ya no me dolería.

Pero me equivocaba. Duelen siempre.

La corte real se regocija con el sonido de las campanadas alrededor del salón de baile. Al fin y al cabo, la noche acaba de empezar, y está llena de oportunidades incalculables y destinos por cumplir.

Al menos, así lo cree mi madre. Instantes después de que Fernando me deje plantada, se me acerca, resplandeciente con su vestido de tafetán gris claro.

—¡El futuro duque de Varillo! Qué maravilla, Anaïs. Tu padre y yo estamos muy emocionados. —En una zona alejada del salón de baile, mi padre se encuentra al margen de un grupo de grandes aristócratas de Galvaise con aspecto serio. Inclina un poco la cabeza en nuestra dirección—. Procura bailar con el chico de los Peláez una vez más antes de que acabe la noche.

Mi madre se crece en este caos, y aquí estoy yo, haciéndome cada vez más pequeña.

—Yo no planearía la boda todavía.

Sorprendida ante mis palabras, a mi madre se le borra la sonrisa y se le marca el contorno de los pómulos; el gesto le da un aire extraño, casi fantasmal.

—Ah. —Se recupera con una breve sacudida de cabeza—. Bueno, no hay de qué preocuparse, todavía puedes elegir entre todo un palacio lleno de jóvenes clamando por tenerte entre sus brazos.

De ser así, yo no llevaría como pollo sin cabeza dos meses, desde que comenzó la temporada, en busca de cualquiera que me tomara por esposa y acogiera a mi familia como aliada en la corte. Y aunque fuera cierto, no puedo imaginarme entregándome voluntariamente a cualquiera de estos pavos reales de pecho henchido y cola en abanico.

—No me mires así, cariño. Estás destinada a la grandeza.

Viniendo de ella, eso no significa nada bueno.

—¿A qué te refieres con «grandeza»?

—Pues lo que quiero decir es... que vas a ser el triunfo de la temporada social más relevante en la historia de Ivarea. Encontrarás un buen partido que deje a toda la corte asombrada. Lo juraría hasta por las hadas. Así de segura estoy.

Nombrar a las hadas (esos seres mitológicos que, según la leyenda, antaño habitaban Proensa) para ayudarme a encontrar un prometido es tocar un nuevo fondo: el de la desesperación.

—Mamá, no. Como te oiga alguien, ya sabes lo que va a pensar.

«Esos proensanos necios y chiflados...».

Mi madre, siempre impermeable a mis quejas, me reprende con la mirada.

—Que piensen lo que quieran. Las hadas existieron.

—¿Tú crees?

—Y, mira, incluso si no fueran reales —continúa con un insistente tono triunfal—, no deberías avergonzarte de quién eres o de dónde vienes, Anaïs. Tu hombre ideal existe, y te apreciará de la cabeza a los pies, incluso la magia que corre por tus venas, como la bendición que es.

El aire húmedo concentrado en el salón de baile parece hacer presión contra mi pecho vacío.

—No tiene gracia.

—No pretendía ser graciosa.

Como si me chupara el dedo. «La bendición», así llamábamos a la magia que poseemos un pequeño grupo de familias proensanas. Cuando era niña, mi padre me enseñó a extraer el poder de mi sangre para lanzar hechizos: podía reparar muñecas decapitadas sin querer, caldear mi habitación sin encender fuego, e incluso acelerar el crecimiento de plantas de lavanda. La magia de sangre depende tanto de la prolongación del linaje bendecido como de la potencia de la magia de dicho linaje y, debido a ambos factores, se ha ido marchitando de generación en generación.

La bendición es una herencia que nadie puede arrebatarme, así que, a pesar de su debilidad, estoy agradecida de que forme parte de mí. Sin embargo, lo que ha conseguido en realidad es separar aún más a mi gente (y a mí) del resto de Ivarea, que ve la magia de sangre como una práctica blasfema.

A diferencia de nosotros, los proensanos benditos, los magos de Ivarea manipulan el mundo que les rodea. En la península, la magia impregna la tierra, y la gente nacida y criada aquí tiene el potencial de usar ese poder sin necesidad de derramar ni una gota de sangre. Así que no es de extrañar que Fernando me haya

mirado de esa manera. Igual que me miran todos, en el fondo, sepan o no que tengo esta bendición: con un escarnio absolutamente insondable.

—Mamá, todos esos hombres a los que les has echado el ojo durante la temporada, todas esas poderosas familias de la península... nunca dejarán de mirarnos por encima del hombro. Para ellos, solo somos simples adoradores de hadas y bárbaros con magia de sangre.

Por primera vez desde que hemos entrado al salón de baile, mi madre me mira a los ojos. Cae en la cuenta de que necesitamos privacidad y me lleva detrás de una columna cercana. Las ramas de granada hechas de mármol que cuelgan desde el techo pintado nos ofrecen cierto resguardo para hablar.

—Cariño, sé que los dos últimos meses no han sido nada fáciles para ti. Nadie se ha hecho ilusiones de nada, pero hemos viajado a la capital por ti. Por esta noche. Lo único que tienes que hacer ahora es sacar tu versión más simpática y encantadora, y tu padre y yo nos encargaremos del resto.

Le brillan los ojos color marrón oscuro mientras imagina ese gran futuro, ese destino maravilloso que voy a construir aquí, en Marenca, en la capital.

—Al final todo habrá valido la pena, ya lo verás. Este será tu hogar, como el de cualquier otra ivariana.

Mi madre lleva dándome este discurso de muchas maneras distintas desde que era niña. Si me escondía detrás de los arbustos ornamentales para saltarme las clases de castarano, me decía: «No puedes ser ivariana si no hablas la lengua de la corte». ¿Que me quejaba de que mi profesor de baile me ataba una rama de roble a la espalda para mejorar la postura? «¿Es que no quieres aprender a bailar el vals como una ivariana?».

Toda esa formación, todo ese trabajo, toda mi vida para pertenecer a una corte y a un reino que convirtió a mi pueblo en ciudadanos de segunda clase en nuestra propia tierra.

El problema es que yo no quiero alcanzar esa grandeza que ansía mi madre. El destino que deseo está justo fuera de mi

alcance, esperándome a más de mil kilómetros de distancia. No creo que pueda soportar otro futuro.

No obstante, mi porvenir nunca ha dependido de mí, y eso no va a cambiar esta noche.

Como un acto reflejo nacido de la costumbre, envuelvo mi medallón con una mano enguantada. Mi madre me entregó esta reliquia familiar cuando era niña. Debería haberle puesto flores secas o un trozo de seda perfumada dentro antes de venir a la capital, algo que me recordara siempre de dónde vengo. Ahora es una mera joya hueca en un mundo que no es el mío.

—Solo quiero volver a casa. —A nuestro *château* en el campo en Masilia, rodeado de poco más que hierba, queso y ganado. Quiero volver a casa y dejar que la capital y su brillante palacio queden reducidos a la nada en mi memoria.

Mi madre se limita a farfullar ante la confesión que acabo de hacer.

—Este es tu momento, Anaïs. Tenemos que aprovecharlo al máximo. —Y añade con alegría—: ¿No te parece?

Mi vida siempre ha sido un acto de sacrificio. Un ofrecimiento a unas fuerzas que no llego a comprender. Pero si ceder mi futuro podría cambiar la vida de mi familia para mejor y garantizar nuestra seguridad, nuestra supervivencia, ¿qué otra opción tengo?

—Por supuesto, mamá.



Después de que Tristán de la Cueva, otro hijo de un aristócrata castarano, me sugiera que estaría «más cómoda» en las caballerizas reales, decido desistir. No me importa que quedarme fuera del Baile de Aniversario en realidad solo sea una pausa en la inexorable trayectoria de mi vida. Puede que mis padres me obliguen a volver el próximo año, o tal vez permitan que me conforme con otra temporada menos ambiciosa en Lutesse, la capital de la provincia de Galvain, pero... ¿qué sentido tiene preocuparse ahora?

Ya sin esperanzas, me planto a los pies de una columna en la esquina noreste y cierro los ojos ante el caos que tengo delante. En mi imaginación, cambio los estandartes que flotan en el aire con el símbolo del dragón coronado de la dinastía Cardona por la hiedra que recubre las majestuosas paredes encaladas de mi casa. Suelto a los colibríes que rondan los jacintos de papá entre los animales encantados de piedra caliza que flanquean los arcos a ambos extremos del salón de baile del palacio. Desprendo las antiguas piedras doradas y blancas como el hueso de los mosaicos que adornan las paredes superiores para que entre la templada luz del sol proensano. Imagino kilómetros y kilómetros de espacio abierto en lugar de la dorada capital de interior, donde nadie me rechace por mi hogar, mis creencias, mi magia, mi apellido.

Cuando por fin abro los ojos, alguien me está mirando con atención.

Sus ojos oscuros y radiantes brillan en medio del luminoso salón de baile. No me doy cuenta de quién es hasta que empieza a avanzar como una sombra bruñida hacia mí. Una oleada de pánico hace que me ahogue.

El príncipe.

El infante Leopoldo Cardona (conocido como Leo el Lujurioso por su característico vicio) hace que un criado le siga por la habitación con una botella de vino preparada. Como es el más joven e irresponsable de los tres hijos del rey, suele aparecer en los actos solo el tiempo suficiente para que nadie pueda negar que, en algún momento, ha estado allí. Luego se escabulle para divertirse en Marenca, para apostar con los marineros en el distrito fluvial o para entregarse a cualquier otra actividad que sea más de su agrado. Yo no sé nada de eso. Y lo que es más importante, tampoco tengo idea alguna de lo que alguien como él quería de mí.

Cuando por fin se me planta delante (sus ojos son como ascuas que tientan a cualquier testigo inocente con la posibilidad de arder), noto un cosquilleo en las piernas como si me rogaran

que echara a correr. Sin embargo, su presencia me mantiene ahí anclada y, como dama ivariana que soy, comienzo a inclinarme en una reverencia.

El príncipe hace un ademán para que me levante antes de que pueda completar el gesto.

—No es necesaria tanta formalidad—comenta, magnánimamente ebrio, con la mano apoyada como si tal cosa en la empuñadura de una espada ceremonial que lleva para la ocasión—. No soy más que vuestro infante Leo.

—Como... como vos digáis, Alteza Real. —«Maldita sea».

—Y vos sois aquella chica del baile del duque de Tarrazas, ¿verdad?

No puedo creer que se acuerde de eso. El príncipe apuntó su nombre en mi tarjeta de baile hace unas semanas para evitar bailar con una pobre chica castarana que no tenía por costumbre llevar caramelos de menta para el aliento. En cuanto la chica le dio la espalda, robó una botella de tinto vornolmiano y me dejó allí plantada con poco más que un guiño displicente.

Todavía tengo esa tarjeta de baile en mi alcoba. Si mi madre la encontrara alguna vez y se diera cuenta de que no aproveché aquel encuentro fortuito, sus gritos harían estallar las ventanas de nuestra casa de alquiler en Marenca. No podría aceptar la verdad: que la historia de una pueblerina insignificante y un príncipe segundo en la línea de sucesión al trono de Ivarea nunca acabaría bien. Y tengo claro que no quiero ser una proensana más dispuesta a que la conquiste un Cardona, como sus antepasados hicieron con los míos hace doscientos años.

Si ahora no soy más que una chica sin nombre para él, es que yo tenía razón.

—Me llamo Anaïs, señor.

A pesar de su estado de embriaguez, el príncipe esboza una sonrisa indolente.

—Decidme, ¿qué os hace pensar que no recuerdo quién sois, señorita Anaïs? Hija de don Eduard Aubanel, conde de Masilia.

Vaya. Bueno, tanto si está borracho o aburrido como si quiere agitar un poco el avispero, no estoy de humor para complacerlo. No después de todo lo que he tenido que soportar a manos de gente como él.

—Que hayáis tardado tanto tiempo en acordaros de mí, tal vez.

Solo los últimos restos de mi dignidad me impiden taparme la boca con las manos. Leo, casi tan sorprendido como yo por mi insolencia, hunde la barbilla en el cuello bordado en oro de su frac negro y suelta la empuñadura de su espada envainada. La forma en que el chaleco de brocado gris dorado resalta su tez bronceada me distrae un instante y casi no me doy cuenta de que me sonrío lentamente.

—Por suerte para vos, mi señora, yo cumplo mis promesas. Si os prometí un baile, un baile tendréis.

Seguro que a mi madre le va a dar un soponcio. Consigo mantenerme erguida, pero por mis venas corre una incredulidad vertiginosa cuando le tomo la mano y dejo que me lleve al centro de la pista de baile. Las parejas se inclinan y se separan a su paso, y mis faldas escarlatas se apartan casi tanto como las de las damas que ya me lanzan miradas asesinas detrás de sus abanicos.

—Si me permitís el atrevimiento —dice una vez que ha empezado la música—, ¿qué ha sido lo más destacado de vuestra estancia en la capital esta temporada, señorita Anaís?

—Oh, pues los... los pícnicos a la orilla del río, supongo. —Y añadido con un deje irónico—: Al menos los que no he pasado rezando para que me evaporara el sol.

—Ah, nada tan sugerente como el sudor en la capital. Seguro que ahora añoráis terriblemente el clima proensano, ¿verdad?

—Bueno, no solo el clima, señor. Proensa es mi hogar.

¿Son imaginaciones mías o aprieta ligeramente la mandíbula?

—Entonces, este lugar —dice en voz baja— debe de pareceros un auténtico infierno.

Por un momento, me da la sensación de que comprende los costes de la mera existencia como proensana en el corazón de la corte ivariana.

Pero no puede ser. Él es el príncipe de todas estas víboras.
¿No?

—Por supuesto que no. Ni en el infierno hace tanto calor.
Se ríe de buena gana.

—Acompañadme fuera, señorita Anaïs. Seguro que os gusta.

Este baile (esta proposición) me abruma tanto que no puede ser real. Es una fantasía embriagadora. Me siento tan ebria de sus atenciones como él lo está de vino. Su mano se me antoja la única atadura al mundo mientras giro y giro como un huracán sobre su ojo. Y en el fondo, me mira como si no quisiera detenerse.

Para mi gran confusión, descubro que siento lo mismo.

Así que, mientras los últimos compases de la música reverberan en los azulejos del mosaico de la pared, dejo que Leo me aleje de la pista de baile y salimos del salón. Durante los últimos cuatrocientos años, los reyes Cardona han convertido el Alcázar Real, una fortaleza medieval rematada con puertas en forma de arco y campanarios bañados por el sol, en una sede política esculpida a su imagen, moderna y gloriosa.

Se extiende hasta el Jardín de los Espejos, donde me lleva Leo. Las antorchas parpadean a ambos lados de los altísimos arcos que rodean los cuatro cuadrantes del jardín, divididos por unos estanques rectangulares estrechos y resplandecientes. Cada cuadrante alberga laberintos de fragantes rosales que se cierran y se vuelven a abrir, con independencia de la brisa, y arbustos encantados con formas de animales, que parecen dormitar a estas horas de la noche. Este jardín bien podría ser un portal a otro mundo.

Se me escapa un gemido involuntario.

—Oh...

Nos detenemos en mitad de unos senderos que se cruzan, con el fragor del baile distante a nuestra espalda.

—Puede que sea el infierno —dice Leo lanzándome una mirada de soslayo—, pero lo disimula bastante bien de vez en cuando.

Tengo que cerrar la boca antes de que se dé cuenta de que estoy boquiabierta.

—Sí, bueno... debe de ser sobrecogedor a la luz del día —miento con sutileza.

En la comisura de sus labios se adivina una sonrisa.

—Creo que eres la primera chica a la que no le ha impresionado el Jardín de los Espejos.

—Quizá ninguna os lo haya reconocido por miedo a ofenderos.

—Pero vos no teméis ofender a la realeza, ¿verdad, Anaïs?

De repente, me toma la mano y tira de mí para acercarme, como si estuviéramos a punto de bailar de nuevo. Pero esto no se parece a ninguna danza que me hayan enseñado.

No, esto es mucho peor.

Ya me ha entrado el pánico cuando Leo cierra esos ojos oscuros y su boca empieza a acercarse. Para cuando se me ocurre qué hacer con los brazos (agitarlos como si fueran alas), sus labios ya han rozado los míos. Un extraño calor se extiende por mi cuerpo hormigueante como si fuera un hechizo.

Un momento después, se percata del movimiento de mis brazos y me suelta al instante. Nos miramos fijamente, cada cual más alarmado de lo que quizá nos gustaría reconocer.

—¿He hecho algo mal? —me pregunta con voz suave y vacilante.

«No. Si acaso has sido tú quien ha metido la pata, Anaïs».

He dejado que el infante Leopoldo Cardona me engatusara. He coqueteado con él. He bailado con él. Me he ido con él. Me he olvidado hasta de mí misma. Ha sido una estupidez, y le ha resultado demasiado fácil, con esos ojos brillantes que me invitaban a entregarme un poco más. Sin embargo, el beso ha acabado con esa breve e imprudente fantasía. Al fin y al cabo, un príncipe ivariano nunca querrá nada más de la hija de un conde proensano. Y ya he vivido demasiadas cosas con demasiada gente como él en esta dichosa corte como para dejar que Leo el Lujurioso me seduzca sin más.

No me ha hechizado con ese beso. Si acaso, ha roto el hechizo.

Sin decir palabra, retrocedo lentamente y me dirijo al palacio. Justo cuando cruzo el arco occidental hacia el salón de baile, la primera campanada de medianoche resuena en toda la capital. La corte estalla en vítores y clamores.

—¡Cuatrocientos años, y cuatrocientos más!

Continúo, sumergiéndome en la cacofonía. En el estrado real, el rey Rodrigo y la reina Isabel se levantan de sus tronos con joyas incrustadas y alas de dragón para saborear su triunfo. Su hijo mayor, el príncipe Felipe, y la esposa de este, la princesa Helena, aplauden desde el extremo izquierdo del estrado, y su hija, la infanta Clara, desde el derecho. Detrás de mí, Leo se ha colocado bajo el arco occidental y pide a gritos más vino.

Seguro que mis padres nos han visto desaparecer juntos. A estas alturas, deben de estar impacientes por entablar conversaciones para nuestro próximo compromiso, sin preocuparse mucho por lo que el rey y la reina tengan que decir al respecto. Pero, de algún modo, la idea de que mis padres se dirijan a los monarcas ya no me inquieta. Mañana ya nos enfrentaremos a mi fracaso, pero, de momento, ya ha acabado.

Al menos, por fin podremos volver a casa.

Una voz aguda y chillona exclama:

—¡Mirad! ¡Fuegos artificiales!

Por un momento me parece que los oigo; oigo ese primer chasquido tras el que suben disparados por el satinado cielo nocturno. Pero el sonido es demasiado fuerte; dudo que proceda de las colinas. ¿Vendrá de un jardín? ¿Del jardín en el que acabo de estar, quizá?

«No... No, no viene de ahí...».

De repente, explotan las ventanas. El aire se llena de azulejos arrancados y humo. Caigo sobre un lecho de cristales y escombros. El corazón me late con tanta fuerza que ni siquiera siento cómo mis pulmones se afanan por respirar.

Los mosaicos de las paredes estallan como granadas en una lluvia de cristales. Las orgullosas columnas y arcos se estremecen

y empiezan a desmoronarse. Las lámparas de araña caen en picado al suelo. Tanto sirvientes como aristócratas tratan de abrirse paso, ahogados por las nubes de polvo y humo. Todo el salón de baile está envuelto en llamas.

Explosiones.

Explosiones en el Alcázar.

Minutos, días, horas después, el palacio deja de temblar. No sé cuánto tiempo permanezco tumbada sobre los escombros de las ventanas. Parece como si el mundo entero hubiera estado conteniendo el aliento mientras el Alcázar quedaba diezmado, conmigo entre sus muros. Me parece que tengo esquirlas de cristal incrustadas en el cuero cabelludo. El armazón roto del corsé casi me atraviesa con unas costillas nuevas y ajenas. El hedor a pólvora quemada y a carne chisporroteante se me instala en las fosas nasales y se abre paso hasta mi garganta. No puedo apartar la vista de los tronos soberbiamente lustrosos, volcados ahora como ballenas varadas.

El rey y la reina. Sus hijos mayores. Ya no están.

Oigo que la gente empieza a llamar a sus amigos y familiares. Fusiles y escopetas resuenan entre el humo. Me estremezco dentro de mi mortaja y no me muevo. No comprendo nada. Los escombros del baile caen sobre mí como un pesado sedimento (abanicos, anillos, sombreros, plumas, zapatos, broches, un ornamento o cuatro), pero si me fijo, buscaré a mi madre en esos objetos huérfanos, o a mi padre, y no puedo hacerlo.

—¡SUPERVIVIENTES!

Aturdida por la palabra, por lo absurdo de la misma, intento levantar la cabeza. La sangre me resbala por la nuca, es demasiado reciente y profunda para coagularse. Pero allí... allí, al otro lado, está Leo. Lo veo trepar sobre una mesa volcada alzando su estúpida espada como si fuera una baliza.

Escupe sangre sobre los suelos rotos de su hogar.

¿Qué narices acaba de pasar?

—¡SUPERVIVIENTES, VENID A MÍ!

¿A qué acabamos de sobrevivir?

Vuelve a gritar, y su voz, clara y singular y terrible en medio de todo aquel caos, me pone en marcha. Me obligo a girarme sobre mí misma. Las esquirlas de cristal y la grava se me clavan en los brazos y el pecho cuando empiezo a gatear. Hay cadáveres por todas partes. Cabezas deformadas por la metralla. Extremidades ennegrecidas por el hollín, aún calientes bajo las palmas de las manos. Gritos extinguidos por la muerte.

No miro más de lo necesario. No me detengo ante nada. Ni siquiera cuando veo una chaqueta celeste que me suena fundida con una piel cenicienta, la sonrisa volátil de su dueño sustituida ahora por una máscara de horror. Ni siquiera puedo levantar la vista cuando Leo me pone en pie. Sin mediar palabra, me arrastra hacia el Arco del León, en el lado este del salón de baile. Una chica a la que podría haber reconocido antes de medianoche dispara con un rifle hacia la sala para ocultar nuestra retirada.

¿De quién quiere escondernos?

Leo me empuja bajo la sombra del arco. Los leones encantados de piedra caliza rugen lastimosamente en la base de sus pilares, sin ancas ni cola. Cada persona que Leo ha traído aquí parece más desconcertada que la anterior, pero al menos siguen vivos.

—Quédate aquí —me gruñe tajante. Luego se sumerge de nuevo en el tumulto en busca de más supervivientes.

Estoy demasiado aturdida para desobedecer. Me quito los guantes chamuscados, me llevo los dedos a la herida del cuello y cierro los ojos. No sé exactamente qué puede hacer mi magia de sangre para protegerme de esto, pero intento concentrar mis pensamientos e infundirles una intención: «Mantenme a salvo. No me dejes morir aquí». Al final, noto que el hechizo se asienta en mi piel con un tenue atisbo de poder, pero no lo siento como una armadura. No ahora, con todo desmoronándose a mi alrededor.

Aun así, es más de lo que otros pueden hacer. Arrastro los pies con dificultad hacia la persona que tengo más cerca, con las manos ensangrentadas levantadas como en señal de paz, pero me freno en seco cuando oigo un nuevo e insistente ruido.

El zapateo de unas botas, potente. Viene del pasillo de baldosas que hay al otro lado del salón de baile. Y por debajo de los pasos, el frío susurro del acero de una espada al ser desenvainada. El chasquido del gatillo de un revólver.

Me asomo al pasillo.

«No tendrías que haber hecho eso...».

Una ola multitudinaria se precipita de forma inexorable por el pasillo hacia el salón de baile. Los rostros son indistinguibles en las ágiles sombras que han aparecido alrededor de las lámparas de araña caídas, pero sus armas no se parecen en nada a los ornamentos aristocráticos que ahora llenan el suelo del salón de baile. Estas son eficaces, despiadadas, prácticas. Y quienes las portan no parecen tener miedo a utilizarlas.

Todos los pensamientos sobre suaves hechizos de protección se disipan de mi cabeza. Nada de lo que yo convoque podrá hacer frente a tanta gente, a tantas armas. Así que me lanzo de nuevo al caos. La cadena del medallón me golpetea en la garganta mientras corro.

—¡Alteza! ¡Leo! ¡Volved! —grito—. Intrusos... por el arco...

Detrás de mí, un chillido espeluznante. Alguien se desploma contra el suelo y, acto seguido, se oye el ruido de un rifle al caer de entre unas manos. La chica, la que estaba disparando... Me giro al tiempo que Leo cambia de rumbo para buscar a su asaltante. Pero es imposible encontrarle en la marea de intrusos armados. Se lanzan sobre el pequeño grupo de supervivientes que acabo de abandonar con una gozosa eficacia hasta que el imponente Arco del León se desmorona, y los convierte a todos, inocentes y agresores por igual, en un montón de extremidades retorcidas y temblorosas.

Si me hubiera quedado..., si les hubiera ofrecido mi protección, por escasa que fuera...

Pero cada vez llegan más intrusos a los escombros del arco. Pisoteando sobre los cuerpos atrapados entre los cascotes. Vienen armados y con la misma sed de sangre que sus predecesores.

Los que han volado el Alcázar.

¿Quiénes son? ¿De dónde salen? ¿Por qué están aquí?

No lo sé, pero delante de mí, el príncipe no se detiene a hacerse esas preguntas. Brama, con la espada en alto, y arremete contra ellos. Mientras lo observo, la mente se me paraliza.

El príncipe...

Si Leo sigue vivo y su familia no..., entonces... eso significa que...

Una estruendosa ráfaga de balas. El nuevo rey se desploma hacia atrás acribillado por los disparos. En medio de un creciente coro de carcajadas de los atacantes y los gritos ahogados de los últimos invitados, voy corriendo a su lado.

Leo levanta un brazo tembloroso para acariciarme la cara. Parece un juguete roto, como las muñecas que me enseñaron a reparar mágicamente de niña. Impotente, le aprieto la mano. Su sangre se mezcla con la mía, con la de toda Ivarea, en mis mejillas, por mi garganta y mi medallón, antes de gotear sobre su costado herido.

—Vos —balbucea.

No sé quién soy. Creo que él tampoco lo sabe.

—Mi rey.

La magia residual, el hechizo de protección, me produce un cosquilleo en la piel. Entonces oigo otro estallido. Un rayo me atraviesa el cuerpo. Una extraña luz ámbar me nubla la vista. Cuando trato de mirar hacia abajo, veo una flor oscura de pétalos dentados que brota de mi pecho.

El mundo se torna negro.



II

CAPÍTULO UNO

Con la caricia fantasmal del difunto rey Leopoldo Cardona todavía reciente en las mejillas, abro los ojos y salto de la cama.

Mi cama.

Esta es mi cama.

Mi cuerpo. En mi cama. En la casa de campo que tenemos alquilada en la capital para la temporada.

«Estoy viva».

Pero... ¿Y el baile? El príncipe, las explosiones, todos esos cadáveres...

Los he visto. Sé que los he visto. Me he arrastrado sobre ellos. He cruzado el salón de baile lleno de ceniza hacia un rey que luchaba por su vida. He muerto con él entre mis brazos ensangrentados.

¿O no?

Mientras lo medito, echo un vistazo a mi cuerpo. Es evidente que no tengo rotas las costillas. Ningún corte ni moratón me surca los brazos ni las piernas. Me examino la garganta con las manos y compruebo que la piel está suave, aunque pálida, y que mi medallón sigue entero e intacto. Llevo puesto lo que parece una camisola lisa de lino, pero cuanto más paso los dedos por el dobladillo, menos segura estoy de que lo haya tocado antes. Fijo la mirada en la pared que está delante de mí, como si fuera a

romperse de repente para desvelar el salón de baile del Alcázar en llamas, tal y como lo recuerdo.

De pronto, oigo unos pasos.

Ante mis ojos, el Arco del León se derrumba sobre los intrusos de nuevo. Todo el mundo que conozco muere otra vez.

Una voz interrumpe mis pensamientos.

—Una hora, Anaïs, es cuanto prometí. Venga, rápido. ¡No nos queda mucho tiempo!

Suelto un suspiro tembloroso. Mamá. Solo es mamá. ¿Ves? Está ahí, en el umbral de la puerta, con esos ojos color pardo suyos muy abiertos, el pelo liso castaño oscuro y las mejillas tan llenas que no se aprecia dónde están los pómulos. Como siempre, como debería ser. Pero, por mucho que me esfuerce, no consigo entender de qué está hablando.

—¿Tiempo para qué?

En lugar de hacerme salir apresuradamente de entre los débiles cortinajes amarillentos que rodean mi cama, mi madre permanece donde está, con un destello extraño en sus ojos oscuros. Como si ella también supiera que algo no va bien aquí. Conmigo.

«¿Qué me está pasando?».

—Para el baile, querida. ¿No habrás creído ni por un instante que te vas a pasar el día durmiendo?

El baile. El Baile de Aniversario.

Me vienen a la cabeza recuerdos reales, no visiones de una pesadilla. El olor a flores silvestres mientras mi doncella me lava el cabello. Mi padre valorando los modelos de pañuelos con su mayordomo durante el desayuno. Una tarta de cebolla y aceite que se me deshace en la boca. Mi madre frunciendo el ceño ante la expresión de mi rostro. El tintineo de los botones al desprenderme del vestido de día y meterme en el viejo camisón.

Eso ha pasado esta mañana. Después me he quedado dormida, antes del baile.

¡Ah, ya lo entiendo! El olor a pólvora en la nariz solo son los restos de un persistente sueño. La luz ambarina que invadía mis

ojos solo era el atardecer suplicando que me despertara de una vez. La voz que resuena como un trueno en mi cabeza no es la de Leo el Lujurioso. No es rey, ¡por los santos! Y yo no he muerto con él.

No he muerto... No...

No ha pasado. Nada de eso ha ocurrido. Solo ha sido una pesadilla. Una ilusión. Mi cerebro, nervioso, se ha inventado un ataque en el salón de baile para distraerme de la verdadera batalla que me espera esta noche: la pelea por el estatus social de mi familia y mi futuro.

Inspiro profundamente.

Después de esta noche, todo habrá acabado.

Por fin.



Horas más tarde, mi doncella, Béatrice, me recoge la falda de color carmesí por detrás para que pueda bajar por las escaleras. El vestido se confeccionó para un salón de baile, no para esta estrecha aunque acomodada casa, y me resulta igual de pesado y engorroso que antes, en el sueño. No sin dificultad, llegamos hasta la sala, donde casi arrollamos a mi padre, que ya está vestido. Lleva una camisa almidonada y un chaleco azul marino a juego con los pantalones bombachos. Se levanta de su butaca de roble y, sin separarse de su pipa, se acerca para inspeccionarme.

Arriba, he permanecido inmóvil mientras Béatrice me recogía los oscuros rizos rubios en lo alto de la cabeza. Me he mordido la lengua cuando ha intentado tapar las indómitas pecas con maquillaje y me ha puesto carmín en los labios. He tenido que apretar los puños, hincándome las uñas en las palmas de las manos, cuando me ha aplicado la máscara de pestañas. Al verme reflejada en el espejo, he estado a punto de desmayarme.

La imagen que me devolvía se parecía a la del sueño.

Demasiado.

Aunque, por otra parte, mi madre lleva meses planeando mi conjunto para el Baile de Aniversario. Me había probado innumerables vestidos y hecho pruebas de un sinfín de peinados. Por supuesto, hasta hoy, me había tomado muy en serio todos los planes que tenía para mí.

Cómo no.

Ahora, reconozco el gesto en el rostro de mi padre al ver a su hija lista para la batalla. Siempre le aparece ese brillo en los ojos (igual de redondos que los míos, pero de un tono marrón más claro) cuando me ve vestida como una elegante cortesana ivariana. Él prefiere, tanto como yo, nuestra silvestre y tranquila Proensa a la asfixiante corte real. Y tampoco quiere que este lugar me engulla.

Pero ahora mismo no pienso en eso. Solo veo el cadáver de Fernando Peláez desplomado a mis pies. El humo saliendo de los escombros de los tronos del dragón alado. Los disparos. Los gritos y los cuerpos.

—Papá, ¿qué te parecería si nos fuéramos... de Marenca? —Intento que su gesto de sorpresa no me disuada de continuar—. Podríamos salir ahora mismo y para el anochecer estaríamos ya a kilómetros del Alcázar. Y estaríamos bien, en casa. ¿No crees?

Papá baja su pipa con el ceño fruncido y echa una ojeada al periódico doblado en el reposabrazos del sillón. Imagino el tipo de medidas sobre las que ha estado leyendo: el rey Rodrigo y su llamamiento para subir los impuestos sobre las materias primas, para instaurar nuevas leyes de censura y para capturar a quienes critiquen al soberano.

—Tu madre y yo solo queremos lo mejor para ti, Anaïs. Por difícil que sea de aceptar, no hay mejor sitio al que llamar hogar que la corte del Alcázar Real. No hay lugar más seguro en el que apostar por un nuevo estatus en este reino, tanto para ti como para nosotros. Ya lo sabes.

Sí, ya. Sí que lo sé. El palacio es seguro en más de un sentido. Estaré a salvo. Pase lo que pase esta noche, estaré bien. Todos lo estaremos.

Cuando Béatrice se retira unos minutos más tarde y mi padre y yo nos quedamos al fin solos un momento, bajo la voz hasta convertirla en un tembloroso murmullo:

—¿Has oído hablar de que la bendición confiera visiones?

Parpadea varias veces, como lo haría yo si me hubieran preguntado semejante tontería.

—¿Visiones?

Desde que la familia de mi madre perdió la magia de sangre hace décadas, le debo a mi padre los escasos poderes y el conocimiento, aún más escaso, que tengo sobre el tema.

—Premoniciones, papá. Sobre el futuro. Ese tipo de visiones.

Sé lo que está pensando. Cuando era pequeña, me explicó que la bendición era más apropiada para la magia del día a día, magia casera. Hechizos de protección y sanación, de transformación y de encantamiento; siempre en el presente, no en el futuro.

Dicen que la bendición era más potente en la época de las hadas. Nadie sabe qué eran las hadas a ciencia cierta. Sin embargo, las historias coinciden en que casi desde la invasión de los Cardona las hadas desaparecieron y dejaron que Proensa pasara a formar parte de Ivarea. Todavía hay quienes creen que eran reales, e incluso los hay que las veneran como a diosas menores. Otros se aferran al mito como símbolo de nuestro pasado preivariano, de una era anterior a que los Cardona impusieran sus tributos y sistemas de creencias a nuestro pueblo. Y teniendo en cuenta cómo se han empleado los ivarianos en promover esas creencias sobre el asombroso poder de sus santos (con la esperanza de «civilizarnos»), es un sentimiento que incluso los proensanos más escépticos pueden permitirse. Yo suelo pecar de realista en lo que a la fe en las hadas se refiere, para disgusto de mi fantástica madre; pero después del... sueño... de esta tarde, ya no sé qué pensar. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

A diferencia de mi exaltada madre, mi padre suena más optimista.

—No hay sangre suficiente en el mundo para comprar premoniciones. De ningún tipo. —Su voz suena con una ligera firmeza, como si yo fuera una niña pequeña a la que intentara distraer de una posible rabieta—. ¿Seguro que te encuentras bien?

Definitivamente no, pero no sé cómo explicarle por qué. Si le hablo del sueño, de mi inquietud, no me entenderá. Intentaré hacerme entrar en razón o recurriré a mamá, lo que, en cualquier caso, solo me hará sentir más patética.

Ante mi silencio, se saca una daga minúscula del bolsillo interior del chaleco y la extrae de su funda labrada en cuero.

—Si es el baile lo que te preocupa, esto te ayudará.

Se pincha la yema del meñique y, antes de que pueda apartarme, me coloca el dedo en el brazo. Cierra los ojos con fuerza y respira despacio durante unos instantes. Noto fluir el propósito de su hechizo por la piel, un calor que podría provenir de las llamas de un brasero de no ser porque estamos en pleno verano en la capital ivariana. Se disipa rápido, pero está claro lo que acaba de hacer.

Un hechizo de protección. El mismo que insistió en conjurar cuando era una niña antes de mandarme a explorar el salvaje bosque de las inmediaciones del castillo.

El mismo que yo invocaba en el sueño.

Mi padre envaina la daga, saca el pañuelo que ha escogido antes, uno de seda color marfil y a cuadros con el bordado de sus queridos jacintos, y se seca la herida.

—Solo para asegurarnos de que todo sale bien.

Mientras la sangre de mi padre se me seca en el brazo, agarro el medallón con fuerza.

—Aún es pronto. Todavía podemos marcharnos. No tenemos por qué ir al baile.

Papá siempre ha sido el que tiene los pies en la tierra, para compensar el atolondramiento de mi madre. Sin embargo, en este momento no parece así en absoluto; es como si flotara por encima de mí, tan lejos que apenas podía verle al trasluz del atardecer.

—A veces, el mundo guía nuestros actos, Anaïs. ¿No preferirías elegir en qué lugar estás si eso ocurre?

Hace que parezca tan fácil...

Por desgracia, ambos sabemos que no lo es.



El Alcázar Real de Marenca, que antaño fue una antigua fortaleza, se ha construido y reconstruido con los rasgos de todas las grandes culturas que han gobernado la península ivariana en los últimos mil años. La recargada fachada de piedra clara del palacio emana semejante grandeza que los invitados, desde el más noble de los nobles hasta el más humilde de los humildes, sienten que deberían cruzar las puertas arrastrándose con reverencia. Las vetas de oro en las columnas de mármol que bordean la plaza central representan un dragón coronado que alza el vuelo sobre el reino.

Se me revuelve el estómago al verlo; el Alcázar es un banquete muy pesado de digerir. Nos unimos al torrente de grandes aristócratas perfumados y emplumados, cruzamos las puertas dobles y continuamos a través de los deslumbrantes pasillos hacia el Arco del León. Los leones encantados de mi sueño quedaron aplastados cuando se derrumbó el arco, pero aquí están ahora, con los ojos ambarinos alerta, mientras rugen en silencio en la entrada. Mis padres están demasiado concentrados en su entrada al salón de baile como para percatarse de la palidez de mi rostro.

El mensajero real anuncia nuestros títulos nobiliarios.

—Eduard Aubanel, conde de Masilia. Su mujer, Aliénor Laborde Aubanel, condesa de Masilia. —Hace una pausa profesional para carraspear—. Y su hija, señorita Anaïs.

Mientras cruzo el arco, pienso que tal vez haber tenido aquel sueño no haya sido tan malo, a fin de cuentas. Me ha mostrado lo peor que podría suceder esta noche y me ha dado una segunda oportunidad para actuar de la mejor manera posible. Para hacerlo

bien. Por eso no les he contado a mis padres lo que vi, ¿no? Porque yo quería hacer esto. Por ellos. Por nosotros. Agradezco esta oportunidad.

Debo agradecerla.

No obstante, el parecido entre este Baile de Aniversario y el de mi sueño es alarmante. Las miradas asesinas de los demás invitados. El intercambio de cumplidos como regalos que nadie quiere. Incluso los vestidos son iguales, y sé que yo no podría inventarme algo tan extravagante como lo que lleva puesto Sidonie de Courcelles en la cabeza: una pecera enana con un pez tropical de color zafiro.

Apabullada hasta el punto de marearme, me apoyo en la pared y me convengo de que, en breve, me uniré a la multitud. De que solo necesito un momento para armarme de valor.

Eso me convierte en presa fácil para los invitados que recorren las inmediaciones del salón de baile, ajenos a flirteos, bailes y alianzas, en busca de un sujeto social inferior al que intimidar.

Invitados como Jacinthe Vieillard y Paloma Nelleda.

«Maldita sea».

Jacinthe se coloca delante de mí; su oscura piel resplandece contra su vestido de satén color magenta, adornado con flores de zafiro rosa. Su padre, un barón de Galvain, la provincia más norteña, es el hombre más rico del reino; y ella no pierde la ocasión de recordárselo a todo el mundo, especialmente a mí. Tras años de relación surgida de las visitas a los talleres galvaises a los que mi madre me arrastraba en sus compras por el norte, Jacinthe siempre me dejó claro que no me vería como competencia cuando debutásemos. En momentos como este, no puedo estar en desacuerdo con esa afirmación.

—Cielos, Anaïs, ¿qué hacéis tan sola? —comenta con una cierta sonrisa de superioridad, aunque imagino lo encantada que está de haberme encontrado y de poder regodearse de sus triunfos delante de mí—. ¿Qué habéis estado haciendo toda la noche?

Justo en ese momento suenan las campanas que ahogan durante unos instantes el sonido impasible de la orquesta. Queda media hora para las doce.

No debería importarme.

Y no me importa.

—Nada interesante, supongo.

Paloma, nieta de un duque castarano de alcurnia, me ofrece su sonrisa más acaramelada.

—Qué lástima.

Si fuera por ella, dudo que se hubiera parado a mirarme, y mucho menos a intercambiar esas dos palabras conmigo. Sin embargo, la muchacha parece decidida a hacer pensar a los posibles pretendientes que tiene el mismo atractivo que Jacinthe, así que aquí está, atrapada con ella y, por lo que se ve, ahora también conmigo.

—Imagino que tendréis grandes esperanzas para esta noche, señorita Anaïs. Esperemos que se hagan realidad.

Jacinthe arruga esa nariz respingona suya con un aire no muy cordial.

—Anaïs no es la única con altas expectativas. Esta temporada ha sido muy tranquila. A estas alturas, esperaba más fuegos artificiales.

Paloma enarca una fina ceja.

—¿Queréis fuegos artificiales? No me digáis que no os habéis enterado de..., ya sabéis...

«Fuegos artificiales». ¿Por qué tengo la impresión de haber oído hablar ya de fuegos artificiales esta noche?

—Tendréis que iluminarnos —dice Jacinthe con emoción exagerada.

Paloma está tan entusiasmada por compartir su cotilleo que ya ni mi presencia la desalienta.

—La infanta Clara va a prometerse esta noche.

La sorpresa me saca brevemente de mi pesadumbre y suelto un chillido.

—¿A prometerse?

De ser cierto, el compromiso de la infanta Clara sería la noticia de la noche. La segunda hija de la realeza es muy querida por sus padres y por la corte, tanto por su ingenio como por

ser la primera maga de talento que honra a la familia real en décadas.

—¿Con quién? —pregunta Jacinthe con un gesto indescifrable después de parpadear con indiferencia.

—Se ve que lleva un regalo suyo —continúa Paloma, entusiasmada, en voz baja, pasando por alto la pequeña laguna en su historia—. Si tenéis agallas, tal vez podáis ir a preguntarle de quién es.

—Bueno, yo prefiero que la princesa siga con su secretito. Tendremos que encontrar otro misterio que resolver. —Antes de que pueda siquiera imaginarme lo bastante ebria como para atreverme a interrogar a la princesa sobre su misterioso prometido, Jacinthe divisa algo a mis espaldas. Una sombra se asoma a su rostro—. Vaya, mirad eso. Aquí llega nuestro misterio en cuestión.

Paloma y yo nos giramos siguiendo su mirada.

—Y creo que viene a por vos, Anaïs.

No puede ser. Ahora no. De verdad no.

Pero sí, aquí está: el infante Leopoldo está cruzando el salón de baile y viene directo hacia mí. Igual que la última vez que nos vimos.

Que fue en el baile de Tarrazas. No aquí.

Esto no puede ser real.

El infante lleva la misma ropa que en el sueño: la oscura capa roja, la espada y todo lo demás. También tiene ese aire desenfadado, tan magnético de lejos como lo era en el sueño. De nuevo, el brillo de su mirada atrae la mía. Como si se tratara de una tentación que solo yo soy capaz de ver... y en la que soy tan estúpida de caer.

De repente, a Jacinthe le parezco de lo más interesante.

—¿A qué esperáis? Quizá esta sea vuestra última oportunidad de coquetear con alguien de la realeza antes de volver a ese pueblucho apartado vuestro.

—No os atreváis... —interrumpe Paloma un pelín demasiado tarde, con pánico en la voz—. ¡No pensaréis que el príncipe

podría estar interesado en alguien como vos! Si fuerais lo bastante lista os retiraríais antes de humillaros por completo delante de toda la corte.

No se equivoca. No creo que el príncipe esté de verdad interesado en mí. Sé que solo quedaría en evidencia.

Pero, de momento, no tengo elección.

Él se aproxima. Sigue mirándome.

Otra vez.

Las tres le hacemos una reverencia. Me incorporo con las piernas temblorosas y fijo la mirada en sus botas en vez de en su rostro.

—Alteza Real, qué maravilla veros formar parte de la celebración. Me preocupaba que pasarais por alto la naturaleza de esta velada. —La voz de Jacinthe adquiere una calidez genuina que nunca ha empleado conmigo. Supongo que el hecho de haberse criado como compañera de juegos y amiga de los descendientes reales, un privilegio que le compró su padre con su asombrosa riqueza y su astuto politiquero en la corte, le concede esa camaradería.

—No os preocupéis por mí, Jacinthe —dice el príncipe, devolviéndole la sonrisa—. Sé exactamente de qué va esta noche.

Paloma se mueve de tal modo que el ancho de su vestido crema de satén empequeñece mi figura.

—¿Y de qué va, señor?

La sonrisa del príncipe se desvanece ante la pregunta. En lugar de responder, lanza una mirada por el salón de baile para que, cuando se detiene en mí, parezca que ha sido por casualidad.

No se trata en absoluto de una casualidad.

—¿Nos hemos visto antes, mi señora?

Vaya, se ve que en mi sueño lo sobreestimé.

—Me prometió un baile hace semanas, Alteza Real. En el baile de Tarrazas.

Jacinthe se inclina con la mirada brillante. Ella nunca retiene ni pasa información que no sea de su interés, y sobre mí nunca le ha interesado nada. Hasta ahora.

—Anaïs, ¿por qué no nos habéis contado que habíais bailado con el príncipe?

—Porque no lo hicimos.

—Ah, ¿no? —pregunta Leo arqueando las oscuras cejas. Parece que no se acuerda.

—No, señor. Estoy segura. —Ojalá yo pudiera olvidar también el incidente con el carné de baile. Pero, según parece, me estoy volviendo experta en recordar cosas que no debería—. Creo que eso significa que estáis en deuda conmigo.

Paloma suelta un grito ahogado. Jacinthe se echa un poco hacia atrás y me observa con más detenimiento que nunca.

Leo, sin embargo, sonrío de nuevo, y lo veo igual que en mi sueño, rápido y deslumbrante como un rayo.

—No podemos permitir eso, ¿verdad?

Por un instante pienso que de verdad no, no podemos. Porque si esto sucede otra vez, incluso de esta manera, entonces... ¿Qué pasa si el resto del sueño no era un sueño? ¿Y si sí que era una visión? ¿Y si...?

Esto no puede ser. No puede estar pasando.

Sin embargo, no tengo tiempo para entrar en pánico. No tengo tiempo para pensar siquiera: siento la mano exquisitamente maleable en la de Leo mientras me lleva a la pista, empiezo a oír el eco de los susurros que flotaban por el salón de baile en el sueño: «¿Quién es esa? ¿Quién le dijo que le quedaba bien el rojo? ¿No parece proensana?».

En mitad del soporífero espectáculo, Leo carraspea de manera evasiva.

—No parece que estéis disfrutando tanto como deberíais.

Supongo que no sé cómo hacerlo. Nunca había sido tan ingenua, ni tan imprudente, ni tan estúpida.

—Quizá queráis que salde la deuda con algo más que un baile —continúa.

Me quedo paralizada en el acto.

—¿Qué estáis pensando, señorita Anaïs? —Su voz es suave y sedosa en mi oído—. Un salón de baile tan luminoso como este

no es lugar para oscuros secretos. Decidme qué se os pasa por la cabeza.

Por odioso que resulte, algo en su voz desencadena otro aluvión de visiones. Fuego, humo y cenizas. Los gritos de los moribundos. El insólito y profundo silencio de los muertos. Y en el centro de todo, Leo, inmóvil frente a mí. De algún modo, es lo único firme y sólido en el mundo.

No comprendo cómo puedo mantener ambas versiones del baile a la vez en mi cabeza. La real y la falsa. La de ahora y la de la pesadilla. No es un juego de malabares al que la gente pueda sobrevivir con la cordura intacta. Y, desde luego, no es algo que debiera confesar al príncipe. Pero comienzo a sentir la misma sensación agobiante que me hizo correr hacia él ante la llegada de los intrusos desconocidos. Como si algo horrible fuera a pasar si no hiciera algo. Si no se lo cuento aquí y ahora.

—He tenido una visión. Atacaban el Alcázar. Hoy, a medianoche. El salón de baile se derrumbaba y la gente moría.

Es la primera vez que veo a Leo como a un verdadero caballero. Adopta una expresión diplomática y decidida.

—¿Habíais tenido... visiones... como esta antes?

—Oh, cielos, no. No, pero era tan... era muy real. —Se me desgarran la voz como si tuviera los recuerdos escritos en la piel y en la lengua y ya no pudiera guardarlos más—. Después me he despertado y, cuando he querido darme cuenta ya era esta tarde...

—Os despertasteis —repite.

—Sí, en teoría sí, pe... pero no creo que haya sido solo un sueño. Os vi con la misma capa que lleváis ahora mismo. Os acordabais de mí y del incidente con la tarjeta de baile. Estuvimos bailando aquí. Me llevasteis al Jardín de los Espejos y... y, de repente, el salón de baile estaba en llamas, apareció una gente con rifles y asesinaron a los supervivientes. Y lo... lo siento, es solo que... tengo un presentimiento horrible sobre todo esto. Sea lo que sea.

Leo me repasa de nuevo con su ardiente mirada, pero esta vez sus ojos adoptan un aire desgarradoramente inexpresivo.

No sé de qué me sorprende.

—¿Qué vais a hacer al respecto?

Abro la boca, estupefacta.

—No... no lo sé. A ver..., me habéis preguntado en qué pensaba. —«Vos bajo el arco en llamas. Vuestros gritos al ver cómo asesinaban a las personas por las que arriesgasteis vuestra vida. Vuestro último aliento entre mis brazos»—. Habéis dicho que lo queríais saber.

—¿Y no podíais confiar vuestros delirios a alguien que os conozca de verdad?

—Tenía la esperanza de que vos pudierais hacer algo al respecto.

Ladea la cabeza.

—Debéis de estar muy desesperada —observa— para pensar que podría salvaros.

El baile acaba con un glorioso acorde. Al cesar la música nos separamos, pero no aplaudimos a la orquesta como los demás asistentes. El príncipe me mira con tanta intensidad como yo a él. De pronto, soy muy consciente de que estamos en plena pista de baile y de que media corte ivariana nos mira inmóvil, esperando ver cómo acaba esto.

Porque tiene que acabar.

—Es casi medianoche —dice el príncipe.

«¿Qué? ¿Ya?».

Lo único que puedo hacer es reconducir la situación y aprovechar esta segunda oportunidad con él. Como mamá me empujaría a hacer. Como papá esperaría que hiciera.

—Alteza, os ruego que me perdonéis. Os juro que no era mi intención perturbar vuestra noche con mis delirios fatídicos.

Incluso así, en silencio, noto el ardor de las ascuas de su mirada en la piel.

—Veréis, a veces pienso que llevamos condenados mucho tiempo.

Noto cierto pavor en la boca del estómago.

—Hasta la próxima entonces, señorita Anaïs.

No estoy segura de si se refiere al próximo evento de la temporada o a otra cosa. Da media vuelta y me abandona con la misma facilidad con la que me ha tomado en sus manos.

Poco a poco, la orquesta empieza a tocar con más brío e intensidad para el siguiente baile y la corte ivariana al completo olvida del desconcertante episodio que acaba de presenciar. Se lanzan al frenesí del momento de buena gana, casi sin aliento y sudorosos por la euforia.

Todavía no es medianoche, la mañana queda lejos, pero me da la sensación de que no importa lo que suceda en los próximos minutos: es el final. Mi final, el final de mi vida. De los sueños que no sabía que albergaba, pero que sé que no volveré a tener en mis manos.

Y pronto, demasiado pronto, se oyen las campanas.

Los grandes aristócratas vitorean y estallan en aplausos hacia el estrado. Los Cardona se incorporan, igual que en mi visión, para corresponder a la celebración apasionada y apabullante de Ivarea. Esta vez, Leo está con ellos.

Ruego a cualquier deidad, santo o hada que me esté escuchando: «Por favor, que haya perdido la cabeza esta noche. Que haya arruinado mi vida, pero no la pierda. Ojalá me equivoque».

Se me eriza el vello de los brazos. Noto tal hormigueo que siento como si la piel tratara de arrancarse de mis huesos.

El hechizo de papá. La bendición. Está intentando protegerme de cualquier daño físico, pero...

Entonces comienzan las explosiones.

Y con ellas, los gritos.

«Otra vez».

Durante un largo y terrorífico momento no oigo nada más. Gritos, sollozos, disparos y fuego..., todo está en llamas. Todo se mezcla como la música entrelazada con el repique del reloj de la torre. Me martillea la cabeza por esos terribles sonidos que quedan atrapados en ella, por las campanas que no dejan de sonar. Unos gigantes trozos de techo pintado caen al suelo y lo agrietan. Una piedra con el rostro quebrado de algún santo ivariano

se estrella y me inmoviliza en el fondo de uno de esos agujeros. Quedo atrapada entre el agitado centro de la tierra y las llamas del salón de baile.

Está pasando de nuevo. Está sucediendo otra vez, de verdad.

Yo tenía razón. Las explosiones del palacio no eran solo un sueño. En absoluto. Sucedieron de verdad. Entonces, morí. Y luego desperté... y volví aquí... ¿para morir de nuevo?

¿Cómo? ¿Por qué?

¿Por qué ahora no ha sucedido como antes? ¿Y por qué no se acuerda nadie?

«¿Qué me está pasando?».

Mi vestido empieza a humear como si fuera una hoguera.

Voy a morir aquí. Y de verdad. Por lo menos, el misterio que encierra todo esto ya no será importante. No para mí.

Algo cubierto con una capa de color carmesí a modo de mortaja se tambalea al borde de la grieta en la que estoy hundida. Tosiendo por el humo, estiro el cuello dolorido para verlo mejor.

Un cuerpo.

—Santo cielo, sois vos. —La sangre gotea de la boca del infante Leo sobre mi garganta. Los escombros vuelan y el fuego arde tras su todavía radiante figura—. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué... qué hacemos?

Me quedo sin habla, con la lengua inerte.

—No lo... Leo, estoy tan...

Al final, poco importa cómo estoy.

El techo pintado se derrumba y, entre toda la confusión, antes de que se haga trizas sobre nosotros, oigo un murmullo, como si fuera el beso de la muerte.

—Hasta medianoche.



AL TOCAR LA MEDIANOCHÉ, TODO EL PALACIO MORIRÁ. UNA Y OTRA VEZ.

Antes, los proensanos, descendientes de las hadas (según se cuenta), eran admirados. Ahora, sin embargo, el destino de familias como la de Anaïs depende de que un cortesano decente la escoja como esposa. Y el Baile de Aniversario es la ocasión ideal para lograrlo. O lo era, hasta que, a medianoche, el palacio es arrasado: todos los asistentes mueren, incluida la familia real... y Anaïs.

Sin embargo, despierta en su habitación horas antes del baile, atrapada en un ciclo donde la tragedia se repite una y otra vez. Intenta advertir a los demás del ataque inminente, pero solo ella recuerda lo sucedido. Para romper el bucle temporal, Anaïs deberá impedir que el ataque llegue a ocurrir, desentrañando para ello los secretos ocultos en la corte. Tendrá que recurrir a amigos, enemigos, conspiradores... y al príncipe Leo, que, como todos, la olvida cada medianoche.

5500103

I S B N 978-84-19831-06-4



9 788419 831064



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es